

Monsieur le Président de la Conférence générale

Monsieur le Président du Conseil exécutif

Mesdames et Messieurs les Ministres

Excellences

Mesdames et Messieurs les Délégués

Mesdames, Messieurs,

Il y a exactement quarante cinq années prenaient place, au coeur de la Sorbonne, les vingt délégations constituant la première Conférence générale de l'UNESCO. La 26e Conférence générale que nous avons l'honneur d'ouvrir aujourd'hui, est bien davantage qu'une occasion nouvelle de nous rassembler : elle est une seconde naissance.

En effet, Mesdames et Messieurs, l'UNESCO était née de la guerre, d'une guerre totale s'ouvrant sur la violence, se prolongeant dans le génocide et s'achevant dans un nuage nucléaire qui n'allait plus se dissiper. Et l'UNESCO n'a connu, depuis cette première Conférence générale, que la guerre, certes une guerre d'une autre nature, la guerre froide, issue de la fracture en blocs idéologiques opposés de la communauté des nations, qui se sont ainsi affrontées sans discontinuer jusqu'aux années 1990 et ont rendu difficile le fonctionnement des institutions de coopération internationale qui avaient été définis à Bretten Woods, à San Francisco et à Londres.

Este contexto aspero no ha impedido, sin embargo, que nuestra organización durante sus 45 años de existencia se haya impuesto por su acción y por sus logros como un indispensable ámbito intelectual de reflexión, exploración y diálogo, como un instrumento necesario para el desarrollo de la educación, la cultura, la ciencia y la comunicación en el mundo, como una plataforma de debate y concertación, como un baluarte decisivo para el fortalecimiento de la paz en la mente de los hombres.

Pero hoy, Señoras y Señores, por primera vez desde 1946, una Conferencia General tiene lugar en un ambiente de libertad y esperanza que augura de una nueva fase en la que los estados miembros unidos en la adhesión a unos mismos principios, en la unanimidad de unos mismos valores, en el compromiso con unos mismos objetivos procedan a una verdadera refundación de la UNESCO, piedra angular del renacimiento del sistema de Naciones Unidas, capaz de responder a los grandes desafíos que nos está lanzando ya el siglo XXI.

Refundación que ha de estar presidida por una voluntad energética y empeñada en instalar la moral en el centro mismo del pensamiento y de la acción. Por eso estoy convencido de que la gran tarea actual de la UNESCO es la de instar a las mujeres y a los hombres, a los países y a los pueblos a asumir un contrato moral para nuestra sociedad mundial. Y Vds. los Estados miembros, que son la UNESCO, son los únicos que tienen legitimación y capacidad para hacerlo. Un contrato que reconcilie y aune los humanos con su planeta, al desarrollo con la solidaridad, al mercado con la ética, a la eficacia y a la competitividad de los individuos

y de los grupos con los valores comunitarios.

El desarme de los arsenales nucleares tácticos y estratégicos de los dos grandes bloques, el establecimiento de mecanismos de gestión concertada de los problemas de seguridad y cooperación, la solución pacífica, bajo la égida de las Naciones Unidas, de numerosos conflictos regionales y locales, la reunificación de países divididos -en el Norte, Alemania, en el Sur, el Yemen-, la transición pacífica a la democracia de muchos países en la Europa del Mediterráneo, en la central y en la oriental, en América Latina, en Asia y en África prueban que hoy, gracias sobre todo a la pacificación ideológica y a la voluntad de concordia de los estados, la paz y el progreso se han convertido en principios y metas realistas y practicables.

Esta nueva situación debería permitirnos aplicar los dividendos de la paz a resolver los problemas más urgentes e inmediatos que se plantean a nuestras sociedades. Un crecimiento económico mundial más equilibrado y armónico, un desarrollo humano más integral, la mejora de los servicios sanitarios, educativos, de vivienda, de comunicación, de justicia en los países más necesitados, que al elevar en ellos los niveles de la vida cotidiana evitaría o reduciría las emigraciones hacia países con mayores recursos económicos pero aún no suficientemente preparados para hacer posible la interculturalidad de las sociedades multiculturales.

Dividendos de la paz que deberían poder aplicarse a restañar esa enorme herida, ese gran desgarró en el tejido más precioso y vulnerable

de los pueblos que es su juventud proporcionando los medios científicos y financieros requeridos para acabar con la vergüenza colectiva que constituye el tráfico de drogas y para lanzar un gran programa, ambicioso y continuado, que contribuya a la rehabilitación de los adictos.

Pero esta coyuntura favorable no debe llevarnos a triunfalismos excesivos. Pues el fin de la guerra fría, como la marea cuando se retira, ha hecho emerger conflictos, obstáculos y problemas que los antagonismos entre los estados y las autocracias en el interior de ellos habían negado, reprimido u ocultado. Y que hoy aparezca pujantes y vindicativos. La geopolítica es uno de sus espacios predilectos. Las afirmaciones comunitarias, las fronteras de los estados, los derechos de las minorías, las rivalidades étnicas, los prejuicios raciales, los integristas, la xenofobia, la intolerancia que han acompañado a la humanidad en su largo decurso irrumpen en nuestras vidas, amenazan nuestra convivencia con radicalidad y furor. Y piden soluciones. Que a mi juicio sólo en un mundo vertebrado por la moral y los valores pueden encontrarse.

Democracia, libertad, derechos humanos que han sido y son objetivo principal y permanente de la UNESCO se han convertido en elementos de una propuesta política universal e incuestionable. La democracia forma de organización política de la comunidad es hoy también **Weltanschauung**, concepción del mundo, añadiendo con ello a su carácter instrumental la condición teleológica. Dicho en otras palabras, la democracia como sistema de regla, o si se prefiere como reglas del juego político, no puede erigirse sobre la nada, sino que tiene que alzarse sobre un zocalo de prin-

cipios y valores morales. La democracia como modelo y como práctica es indisociable de la ética. Uno de los elementos más importantes del patrimonio que nuestro maltrecho y triunfante siglo XX, con sus horrores y sus glorias, con sus heroísmos y sus villanías, depositará en el umbral del año 2001 es precisamente ese, que la democracia sin moral o es una entelequia o es una farsa.

El núcleo central de la concepción de la democracia como moral estriba en buscar el cumplimiento político de las personas a través de su condición de ciudadanos -sujetos por antonomasia de la vida de la comunidad- condición que convierte a cada mujer y a cada hombre concretos en actores y, al mismo tiempo, en destinatarios privilegiados de las acciones que realizan en común con los demás. Uno se realiza políticamente a sí mismo sólo en y con los otros. La democracia sólo puede ser de y con todos. Es decir, libertad, responsabilidad, solidaridad, individuo, comunidad, como hilos inseparables de la misma trama.

Pero la ciudadanía se aprende como todo iniciándose en sus fundamentos y ejercitándose en su práctica. Y ahora que la defensa de la soberanía de los Estados comienza a dejar de reclamar los cuantiosos medios que hasta hoy exigía, es de esperar que podamos disponer de los recursos necesarios para la defensa de la soberanía de las personas, lo que finalmente les permitirá explotar todas sus capacidades. Y eso únicamente es posible reforzando los procesos de formación. El último gran acontecimiento bélico ha demostrado no sólo que el poder militar reside en la posesión de los últimos adelantos tecnológicos sino también en que

es inútil disponer de costosos arsenales sin conocer bien su manejo.

La UNESCO debería liderar la reforma de los contenidos educativos a todos los niveles, de forma que se originen y se consoliden en toda mujer y en todo hombre las conductas apropiadas en relación al otro, a los otros y al entorno ecológico. Una formación adecuada para todos, el conocimiento de los principios teóricos y el adiestramiento en la utilización de las técnicas y de sus aplicaciones, para que se reduzcan los abismos que hoy separan a individuos y países en la disponibilidad de recursos naturales e intelectuales y se atemperen, con la nueva educación, las desmesuras y asimetrías que comprometen nuestro futuro común.

Valores y formación únicos capaces de enmarcar la desmesura y la asimetría en el crecimiento demográfico que sólo se moderara cuando cada uno tenga plena soberanía sobre su propio destino y cuando no se divida lo que por su propia naturaleza es indivisible : el desarrollo. Como sucede cuando los suministros externos que permiten la inmunización y una nutrición adecuada no van acompañados de la formación que los completa, permite un uso propio y les da sentido cabal. Valores morales para que los desniveles actuales tiendan a equilibrarse, para que la fractura actual entre los pocos que tienen de todo y los muchos que no tienen de casi nada se reduzca cuanto sea posible.

-----

El resto con los bloques III **La Sociedad Mundial** y IV **Contrato moral** -dos holandesas y media- el lunes a las 15 horas en la UNESCO.